



















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI







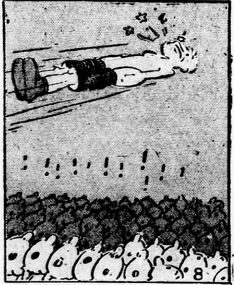


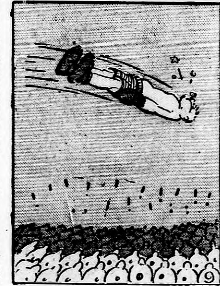


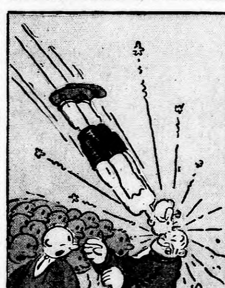






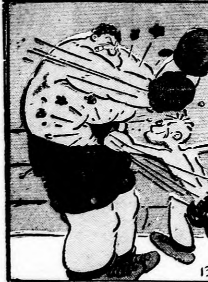


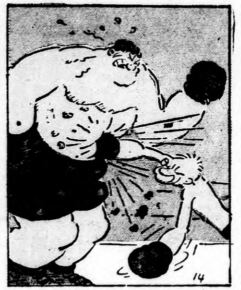


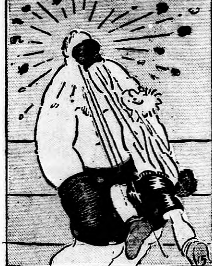


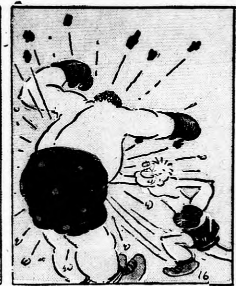






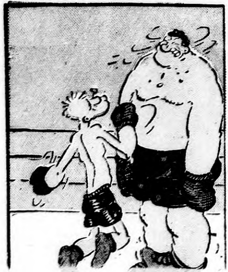




















Los hermanitos

POR M. PLESCHEEVA

En este cuento para niños la autora, una conocida escritora rusa, nos da un relato instructivo y ameno para el mundo infantil, haciendo desfilar con palabra clara una serie de datos y detalles y varios animales que siempre han despertado la atención de los niños.

EUGENIO y Elena fueron a veranear con sus padres. El primer día después de su llegada se levantaron muy de mañana y corrieron a la playa inmediata a su casa.

—Mira, Eugenio —exclamó Elenita extendiendo su mano hacia el horizonte,—qué botecitos tan lindos. Cuánto me gustaría tener uno de ellos para mi muñeca.

E. muchacho soltó una alegre carcajada.

—Esos botes no son tan chicos como te lo imaginas—contestó—y sólo parecen así vistos de lejos. ¿Has visto anoche a los pescadores que se sentaban en un bote grande para salir al mar? Pues bien, aquellas embarcaciones que ves ahora son del mismo tamaño.

—Qué lástima—pronunció la chica exhalando un suspiro.—Y yo que quería que mi muñeca diera un paseo...

—Aguarda un momento—dijo Eugenio. Entre mis juguetes tengo un barquito viejo; lo traeré aquí y lo haremos navegar.

El muchacho corrió a casa y al cabo de un minuto volvió con un botecito viejo y medio roto.

No tenía velas

—Pero éste no tiene velas — pronunció Elena con un mohín.

—Pierde cuidado, ya lo arreglaré todo—replicó su hermano.

Con estas palabras sacó de su bolsillo unos cuantos palitos, un pedazo de bramante y un piolín.

—En seguida fabricaré los mástiles—agregó poniendo manos a la obra.

Al poco rato el velamen estaba hecho.

—Listo—dijo Eugenio poniéndose de pie.—Ahora el botecito puede zarpar. Primero haremos la prueba botándolo en este charco, luego, si anda bien, lo echaremos al mar.

Elenita, encantada, admiraba silenciosa el barquito que se balanceaba sobre la superficie del agua. Asegurando su nave con un largo piolín, Eugenio la botó en el mar.

Entonces Elena pudo cerciorarse con sus propios ojos de que a medida que se alejaba, bajo el impulso del viento, el barquito iba pareciendo más pequeño, en cambio cuando Eugenio, tirando del piolín, lo atraía hacia la costa, el juguete volvía a adquirir su tamaño natural.

—¿A qué se debe esto?—preguntó la chica, asombrada.

—Papá me lo explicó el otro día, —contestó su hermano; luego agregó con tono docto:—Observa los grabados en los libros y verás que los objetos que se dibujan adelante, es decir, en el primer plano, siempre se hacen de mayor tamaño que los de atrás. Esta representación se llama la perspectiva.

La niña lo escuchaba con reconcentrada atención, admirando en sumo grado la sabiduría de su hermanito mayor.

En este momento su madre los llamó para almorzar y los chicos, risueños y alegres, volvieron a casa.

A la tarde dieron un paseo por el parque situado cerca de su quinta y lo encontraron muy a su gusto. Durante el verano los niños alternaban sus paseos entre la playa y el parque y, después de corretear y jugar un largo rato, descansaban con preferencia debajo de un frondoso roble, observando cómo los pájaros volaban muy atareados encima de sus cabezas, piando y trinando. En la cercanía de aquel lugar predilecto había un gran arbusto, en cuya cima construyó su nido una curruca.

Los hermanitos observaban con gran curiosidad su trabajo, asombrados por la paciencia y habilidad de que daba prueba. Un día vieron asomarse del nido a un pajarito de aire asustado que abría el piquito, chillando lastimeramente.

Hijo del pájaro

—Este debe ser el hijo del pájaro—objetó Eugenio.

La curruca prodigaba los más tiernos cuidados a su pequeñuelo y se apartaba del nido sólo por pocos minutos para comer algo y proporcionar alimentos a su hijito. Pero un día salió de caza y no volvió más. Su pobre pollito piaba de un modo tan triste que infundió compasión a Elena y a Eugenio. Al volver a su casa a través del parque, éstos vieron en el suelo un bultito verde.

—Es nuestra curruca—exclamó el muchacho—y está muerta.

En efecto, era el infeliz pájaro que yacía inmóvil en el sendero.

—Ahora su hijito quedó huérfano —dijo la niña.—Tenemos que llevarlo a nuestra casa, de lo contrario el pobrecito, tan desamparado, morirá en su nido.

Dicho y hecho. Eugenio se encaramó en el alto arbusto y con suma precaución sacó al pajarito del nido. Las escasas plumas apenas cubrían su cuerpecito y el desdichado tiritaba de frío. Los hermanos lo llevaron a su cuarto, con intención de cuidarlo hasta la primavera, época en que pensaban devolverle la libertad.

Entretanto cayó el invierno. El pajarito llegó a familiarizarse tanto con los chicos y la casa que habitaba, que volaba por la pieza y sólo entraba en su jaula para dormir. Al verlo sentarse en el alféizar de la ventana y mirar a través de los cristales los copos de nieve, los niños solían decir:

—Este debe estar muy contento por encontrarse al abrigo del frío y no tendrá ganas de salir de aquí.

Pero la opinión del pajarito al respecto era por lo visto completamente distinta: un día, aprovechando el descuido de la mucama que dejó la ventana abierta, se voló al jardín. ¡Oh, qué frío tuvo el pobrecito!

—¿No será mejor en el parque?—pensó, saltando para entrar en calor.

Se dirigió allí; pero cuanto más tiempo pasaba, más frío tenía; por añadidura sintió hambre y no sabía dónde y cómo proporcionarse el alimento.

Rompen a llorar

Al enterarse de la desaparición de su ahijado, los chicos rompieron a llorar.

Por más que la madre tratara de consolarlos, prometiéndoles comprar otro pájaro más lindo, no pudo lograr su propósito.

Al día siguiente, al salir para su acostumbrado paseo por el jardín, los hermanitos vieron al fugitivo que yacía en el suelo. Elena apresuróse a levantarlo, pero con gran pesar suyo el pajarito seguía inmóvil.

—Está muerto,—exclamó Eugenio con voz entrecortada por sollozos.

Sin embargo, la chica intentó calentar al animalito con su aliento y lo llevó a la casa; pero a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo devolverle la vida. Entonces, llorando a lágrima viva, lo colocó en una caja revestida con algodón la que puso cerca de la estufa.

Los chicos pasaron aquel día muy tristes. Fueron a dormir más tarde que de costumbre y al levantarse a la mañana siguiente tomaron la resolución de enterrar a su pajarito en un rincón apartado del jardín. Cuál no sería su asombro cuando al acercarse a la caja la encontraron vacía. En cuanto al pseudo muerto lo vieron sentado en el respaldo de una silla limpiándose las plumas con el pico.

Era muy sabia

Desde entonces los hermanitos se encariñaron aun más con el pájaro que se volvió tan domesticado que aun viendo la ventana abierta, no se volaba de la casa.

Eugenio lo observaba revolotear por la estancia y tuvo un gran deseo de hacer otro tanto. Hizo la tentativa de ponerlo en práctica, pero por más alto que saltara, volvía al suelo. El muchacho, vivamente decepcionado, se dirigió a Natalia, su hermana mayor que ya iba al colegio, y a la que consideraba muy sabia.

—Dime, ¿por qué no pueden volar los hombres?—preguntó.

—Porque no tienen alas como los pájaros—contestó la interpelada.

—¿Y qué es lo que hacen éstos con sus alas para volar?

—Las mueven para adelantarse y mantenerse en el aire.

Eugenio la miró con aire incrédulo.

—Por más que mueva yo los brazos no podré volar—objetó.

—Es porque los tienes muy cortos—explicó Natalia,—y no pueden servirte para hender el aire. Si tuvieras los brazos tan largos y anchos como las alas de los pájaros y además los músculos necesarios para moverlos, podrías volar. Sin embargo, ya que tienes tantas ganas de volar, puedes hacerlo, a pesar de no tener alas; pero no será en el aire, sino en el agua.

—Valiente vuelo... Esto es nadar.

—Sí, y para un nadador sus brazos y piernas hacen las veces de alas, pues con ellos hiende el agua del mismo modo como lo hacen las aves con el aire para volar. El mismo movimiento ejecutan los peces con sus aletas para nadar y mantener el equilibrio en el agua.

—¿Cuál de los pájaros tiene las alas más grandes?—preguntó el chico.

—Por más raro que te parezca —contestó su hermana—el que tiene las alas más grandes, en comparación con su cuerpo, no es un ave, sino un animal llamado murciélago; debido al tamaño de sus alas vuela muy rápido. Por esta misma causa se explica el vuelo ligero de los insectos, como por ejemplo el de las mariposas.

—Qué lindo es ir a la escuela—dijo Eugenio.—Allí se aprenden tantas cosas interesantes. Cuando sea grande también iré al colegio.

—Sí, sí, querido—replicó Natalia con tono protector, volviendo a entregarse a la lectura interrumpida.

En este momento entró corriendo Elenita.

Llegó un circo

—Eugenio—gritó—; papá dijo que en la plaza central se inauguró un circo en el que hay un elefante. Vamos "con la señorita" a verlo.

El chico, vivamente interesado, siguió a la niña a la pieza contigua. Allí los esperaba su institutriz que, acto seguido, salió con ellos a la calle.

—¿Es cierto, señorita—preguntóla Elena por el camino—, que un elefante es tan grande como una casa?

—No, hija mía—contestó la joven sonriendo—; pero, en efecto, es tres veces más alto que un hombre. Tiene la trompa muy larga y las piernas sumamente gruesas. Sus ojos son muy pequeños, en comparación con su tamaño; en cambio las orejas las tiene muy grandes. Por lo general están dobladas, pero el elefante las mueve a su antojo y a menudo se sirve de ellas, como nosotros de un pañuelo, limpiándose los ojos o tapándoselos de las moscas o del polvo.

En la plaza central del pueblito se había construido un circo provisorio, rodeado por un gran cerco. A poca distancia de éste se paseaba un elefante acompañado por su guardián, un hindú vestido con su traje regional y con un turbante amarillo en la cabeza.

Miedo al elefante

Al ver acercársele los chicos el enorme animal levantó su trompa.

—Oh, señorita—gritó Elena despavorida—; quiere comernos.

Eugenio, no menos asustado, guardaba silencio.

La institutriz tranquilizó a los niños diciéndoles:

—No tengan miedo; este elefante está domesticado y no les hará daño, salvo que lo irriten exprofeso.

—¿Para qué tiene la trompa tan larga?—preguntó Eugenio mirando con desconfianza al gigante.

—Este miembro es tan importante para él como las manos para el hombre—fué la respuesta.—El elefante puede acortarlo y doblarlo. En la punta de la trompa hay una especie de dedo con el que el animal hace todo lo que nosotros con nuestros diez dedos: levanta del suelo los objetos más pequeños, arranca la hierba y las flores una por una, y se las pone en la boca. Cuando tiene sed llena con agua su trompa y luego, doblándola, vierte el líquido en su boca, como de una botella. Con la trompa levanta cosas pesadas y se las carga en la espalda. Del mismo modo sienta allí al hombre, y en caso de enojarse con éste, lo tira al suelo.

—¿Dónde viven los elefantes?—preguntó Elenita.—¿De seguro en aquel bosque grande que se ve lejos, más allá del parque?

—No, querida; el clima de nuestro país es demasiado frío para estos animales. Viven en las regiones cálidas, principalmente en la India. Se juntan en grandes manadas y habitan las selvas vírgenes, donde se procuran los alimentos. A veces hacen invasiones a los campos de los indígenas, aniquilándolos en pocos minutos. El elefante tiene una fuerza formidable: con su trompa puede arrancar un árbol corpulento y en su espalda lleva las cargas que apenas pueden mover seis caballos juntos. En la India los emplean para la guerra y trasladan sobre sus lomos unas torres llenas de soldados. Y con todo eso el animal posee un carácter muy bondadoso: jamás hace daño a nadie y sólo emplea su colosal fuerza para defenderse.

—¿Qué comen los elefantes?—inquirió Eugenio.

—Raíces de las plantas, hierba, hojas y hasta árboles jóvenes. Acá se los alimenta con heno y con galletas preparadas de harina con azúcar.

—Qué goloso — exclamó Elena.

—Sí—contestó sonriendo la institutriz—; le gustan también las pasas de uva, las almendras, las manzanas y otras frutas.

Los chicos admiraron al paquidermo durante un largo rato. Luego volvieron a su casa, donde rogaron a los padres que les permitiera ir al circo todos los días.

A la pregunta de Elenita, la institutriz respondió que los elefantes viven en los países cálidos, principalmente en la India, y que a veces invaden los campos laborados y los aniquilan en unas horas

* ☆ * ☆ * ☆ *

El Genio Disfrazado de Perro

Años atrás dos viajeros atravesaban las montañas de Gigantes manteniendo una amigable plática.

En un intervalo de la conversación uno de ellos pensó en Rübezahl. En aquel preciso momento en el medio del camino apareció un perro, que corría de un lado para otro, ora alejándose, ora acercándose de los hombres.

Los viajeros creían que el animal era seguido de lejos por su dueño, pero durante todo el camino no habían dado con ningún hombre. Al cabo de un rato el perro desapareció como por encanto. Entonces los amigos se dieron cuenta que había sido el genio de la montaña.

Hay Cuatro Cabezas Ocultas



Fuera de esta lechuza, que persigue a un pobre ratoncito, busque usted algo más. Encontrará, si lo hace con cuidado, la cabeza de un caballo, una gallina, un conejito y la cabeza de un muchacho

Corazón de Rubí

LA princesa Stolic estaba sentada un día en el parque de su castillo, jugando con un rubí del tamaño y de la forma de un corazón.

Ese era el corazón de la princesa Stolic.

El día que ella nació, se había enfermado el hada Maligna. Para sanarse, un nigromante le aconsejó que debía comer el tierno corazón de una princesita.

Entonces el hada encargó al silfo Céfiro que le llevara el de Stolic, que acababa de nacer.

Pero Céfiro quedó tan prendado y compadecido de la encantadora criatura, que en cambio del que le quitaba, le dejó un corazón de rubí, tallado en una sola pieza.

Stolic lo llevaba siempre dentro de una escarcela de malla de oro, prendida a su cintura por una cadena del mismo metal.

Cuando la princesa la dejaba olvidada en su aposento, caía en una especie de inconsciencia para todo lo bueno y elevado. Además, quedaba incapacitada para querer y la pobrecita se sentía muy infeliz... ¡Es lógico!, no podía amar y el amor por las personas, las causas y las cosas, es lo único que hace la vida vivible.

Pero el silfo que protegía a Stolic, dotado de un poder muy limitado, había dicho que si ella perdía el rubí, antes de su casamiento, moriría enseguida de efectuada la ceremonia. Y esto lo dispuso así el bueno de Céfiro, porque pensaba, — y tenía razón, — que su protegida sería horriblemente desgraciada, casándose y no teniendo un corazón que le pudiera hacer sentir y conllevar las penas y alegrías de su esposo e hijos.

¿A qué casarse sin amor? Y ¿puede amar quién no tiene corazón?...

Seguía jugando Stolic con la piedra preciosa, cuando acertó a pasar, a su frente, una zorra llevando en su boca, una temblorosa gallinita, blanca como un copo de espuma y como un carámbano de nieve.

La sensible princesa tuvo compasión del ave y arrojó con fuerza sobre la rapaza, el rubí que tenía en las manos.

Esta, herida en un ojo, soltó su presa, pero volviéndose, se tragó el corazón de rubí y luego desapareció entre los matorrales. Y la gallinita blanca vino a posarse humilde y agradecida, sobre el hombro de Stolic, la que habiendo perdido su corazón, habíase vuelto inconsciente y despacio, despacito, regresaba al castillo.

Allí, como lo hubiera hecho una



La princesa Stolic vió con asombro que una zorra llevaba en la boca una gallinita

sonámbula, llevó a sus habitaciones a la gallinita, la hizo comer granos y frescos cañamones en platos de ámbar, y beber agua en una madrépora. Después la colocó sobre una barrita de ébano, suspendida del techo, por cordones de seda.

Luego, la princesa se dispuso a salir al recibimiento del rey Staulfo, su prometido. Cuando volvió a sus aposentos, la gallinita blanca había desaparecido. Stolic pensó que era una desagradecida, pero, felizmente para ella, como no tenía corazón, no lamentó mucho esa ingratitud.

A todas estas, se apercibió que el rubí no estaba más en su poder. Fué a buscarlo, con un escudero provisto de un hacha encendida, porque ya oscurecía, y buscó y buscaron, pero el corazón no apareció.

"Si lo perdía antes de casarse, moriría apenas celebrada la boda"

Aquella mañana sus padres le habían preguntado por su corazón y ella lo había mostrado más rojo y brillante que nunca, sobre el forro de terciopelo, de la escarcela dorada.

Stolic, blanca como una gardenia, y como una rosa blanca, bajó a la capilla del palacio, para desposarse con el rey Staulfo. Y como lo había predicho el silfo, apenas acababa de dar el obispo la bendición a los nuevos desposados, la bella Stolic caía desplomada en brazos del desconsolado rey. Los sabios médicos de la corte, afirmaron que había muerto, entonces se sintieron por todos los ámbitos del castillo, los sollozos de sus deudos y de los palaciegos. Porque había sido tan buena y tan bella, que todo el mundo la quería. Las doncellas cubrieron su lecho de flores y todos lloraron tanto sobre ese lecho y sobre esas flores, que ellas se conservaron admirablemente frescas y lozanas y los capullos se abrieron a una nueva vida.

Ya iban a llevar el cadáver a enterrar, cuando una gallinita blanca entró por una ojiva, y fué a posarse suavemente, sobre el seno de la joven reina.

Abrió con su pico un agujero sobre el lado izquierdo de su pecho, y en él colocó un corazón de rubí tallado en una sola pieza. Luego dió un picotazo en cada mejilla de la muerta y remontando el vuelo desapareció por la ojiva.

La reina lanzó un suspiro y las gardenias de sus mejillas se trocaron en rosas rojas.

Su esposo, sus padres y los palaciegos, transtornados de alegría, salieron en busca de la gallinita blanca para agradecerle el milagro. Pero no la encontraron. Lo que hallaron sí, fué una zorra tendida en el campo sin ojos y con un agujero en el vientre. Y todos afirmaron que era el hada Maligna, que había quitado el corazón a la princesa, muerta por el silfo que le regalara el de rubí.

Desde entonces, en el aniversario de ese día, nadie mata gallinitas blancas ni en el palacio, ni en cien leguas a la redonda, y todos salen, en cambio, a la caza de la rapaza.

¿Para qué casarse sin amor? ¿Y como podrá amar quien no tiene corazón?...

* ☆ * ☆ * ☆ *

Una Sirvienta es Embrujada

Antaño una muchacha fué a las montañas a buscar combustible. Allí vió a un hombre que cortaba leña y le pidió astillas, que aquél le dió gustoso.

La joven llenó su delantal de astillas y se alejó contenta, llevando fácilmente su liviana carga. Apenas hubo dado unos cuantos pasos cuando sintió que el delantal le pesaba mucho. Para aliviar su peso, la muchacha arrojó al suelo unas cuantas astillas y prosiguió su camino.

Sin embargo, a los pocos minutos, volvió a sentir el peso excesivo de su delantal, y se vió obligada a tirar más pedazos de madera.

Poco a poco fué arrojando más, hasta que por fin llegó a su casa sin un pedazo de astilla.

Al ver a la sirvienta volver sin combustible, su patrón se enfureció y la riñó severamente. La joven le relató, llorando, todo lo que le había sucedido, diciendo que en este caso debía haber pasado algún embrujamiento.

El hombre miró el delantal de la muchacha y, con gran asombro suyo, encontró, pegado a la prenda, un pedazo de oro. Entonces mandó a la criada a recoger las astillas que había arrojado por el camino. Pero en vano: de aquéllas no había quedado ni rastro.

La Vaca que Danzaba con la Luna



SI QUIEREN VER a una vaca bailando la danza con la luna, no tienen más que trazar una línea continua que vaya del número 1 hasta el 64. Si lo hacen siguiendo con cuidado todos los números, habrán satisfecho su curiosidad











LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA





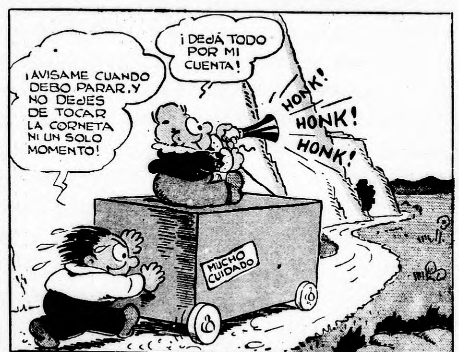




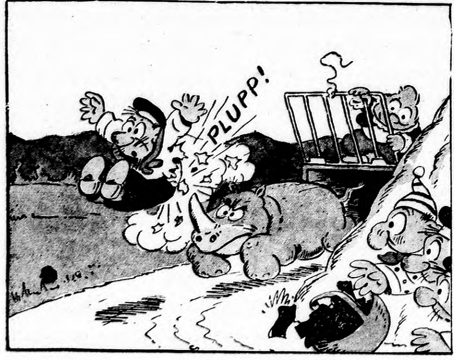
















BAJO IVAN EL T

Un prior de un convento, Feeleep Kolochof, fué elegido por el zar para que fuera la más alta autoridad de la iglesia rusa. Kolochof, que era un santo, quiso detener en su orgía de sangre a Iván, pero ello le costó la vida al santo monje ruso

Bajo Iván el Terrible, Rusia Vivió Ahogada de Terror y de Sangre, Esperando la Muerte de Este Tirano Como un Alivio de sus Tormentos

EL príncipe Andrej Kourbsky era uno de los nobles jefes boyardos de la corte de Iván, el primer gran Príncipe de Moscú que fué el primero en tomar el título de Zar y que libró a Rusia de la feroz invasión de los tártaros. Este pueblo feroz había venido asolando a Rusia por espacio de más de cien años, destruyendo e incendiando todo cuanto encontraban a su paso, sin dejar rastros de lo que la civilización del siglo II había conseguido adquirir. En esta época los rusos recién comenzaban a hacer uso de las armas de fuego, de las que los tártaros aun ni la menor idea tenían.

En el año 1551 la ciudad de Kazan, sobre el río Karanka, afluente del Volga, fué la última de las ciudades arrasadas por las huestes tártaras. Era ésta una de las más ricas y poderosas ciudades, siendo en ese entonces el centro de todo el comercio europeo con los países del Este, y era por esta razón la que más asaltos y ataques había recibido, siendo los rusos, que la guardaban, completamente destruídos y arrojados de ella por las tropas del jefe tártaro-Khan Shing Alei. Conocido esto por el Zar Iván Vassilovitch, quien a la sazón contaba sólo veintidós años, reunió sus tropas y se dirigió hacia esta ciudad resuelto a terminar de una vez por todas con estas hordas bárbaras de sanguinarios salteadores.

Durante el viaje que debió hacer, recibió noticias de que los tártaros proyectaban atacar Moscú mientras las tropas del Zar Iván estuviesen empeñadas en la toma de la ciudad de Kazan. Entonces fué enviado el Príncipe Kourbsky con 15.000 hombres, quien sorprendió a los tártaros en Toula, derrotándolos completamente y los persiguió hasta el río Crevorona, donde después de vencerlos nuevamente los obligó a abandonar innumerables prisioneros rusos y muchos camellos. El Príncipe Kourbsky fué herido en la cabeza y en los hombros, y a pesar de sus heridas continuó la campaña.

Entretanto algunos de los nobles boyardos que acompañaban a Iván, estaban descontentos con la guerra y declararon que sus recursos para proseguirla ya estaban exhaustos y que su salud se resentía con la vida de campaña. Conocido esto por el Zar, mandó hacer dos listas, que las hizo circular entre los guerreros. "La Primera" decía: "Yo quiero a Vds. como a mis propios hijos; sus necesidades deben hacérmelas conocer y yo trataré de remediarlas y yo quiero compartirlas con ustedes". "La Segunda" decía: "Los que quieran pueden regresar a sus casas; no necesito cobardes en mi ejército". Nadie se inscribió en esta segunda lista y se formó entonces la célebre guardia llamada los Strelitzes, formada por guerreros escogidos que debían permanecer siempre cerca de la persona del Zar.

Se reían con desprecio

A mediados de agosto de 1552, Iván y su ejército acamparon en las orillas del Volga, en la llanura verde que rodeaba la poderosa y fortificada ciudad de Kazan. Los tártaros, ocupantes de la ciudad no se intimidaron. "Esta no es la primera vez, decían, que hemos visto los gorros moscovitas por encima de nuestras murallas. Sus más furiosos ataques siempre han terminado con retiradas, hasta que ya hemos aprendido a reirnos de ellos con desprecio". Cuando Iván envió sus mensajeros con ofrecimientos de paz, le respondieron: "Estamos listos: sólo esperábamos a Vds. para empezar la fiesta".

Los tártaros ignoraban los notables cambios que se habían operado desde hacía medio siglo en todo orden de cosas. Un jefe italiano, un Condottiero, comandante de las campañías francas, había sido enviado a Moscú para que, bajo su dirección, las tropas de Iván, aprendiesen a realizar un sitio y a tomar una ciudad según la táctica más moderna, mediante la construcción de trincheras y parapetos, detrás de los cuales los cañones y los fusileros se colocaban, dejando sólo pequeños espacios por los cuales podían disparar sus armas contra los muros y sus defensores. Estas trincheras eran construidas cada vez más cerca a las murallas para mejorar el efecto de las balas y abrir brechas en los muros para que así los soldados, saliendo de sus parapetos, pudiesen escalar los muros y penetrar en la ciudad. Muchas veces los sitiadores derribaron un muro, pero vieron que detrás de él se levantaba otro, que hacía que en muchos días la ciudad fuese imposible de tomar, a no ser que se destruyese a toda su guarnición, aunque, al final, un sitio en estas condiciones, era siempre favorable a los sitiadores. Durante todo el mes de agosto y setiembre los rusos fueron haciendo cada vez más estrecho el cerco puesto a la ciudad y los tártaros se defendían con verdadera bravura y aun, en cierto modo, con mucho de barbarie. Iván resolvió entonces enviar un heraldo, acompañado de cierto número de prisioneros tártaros, y ofrecer un parlamento a Yediguer, que al presente era el Khan, pero los defensores, al divisar al heraldo y sus acompañantes, dirigiéndose a sus compañeros cautivos les gritaron: "Es mejor que mueran en nuestras manos puras y no en las de esos miserables cristianos", y dispararon contra ellos una lluvia de flechas.

Más aún, todas las mañanas los magos tártaros acostumbraban subir, a la salida del sol, encima de las murallas y proceder a hacer sortilegios, contorsiones y brujerías, a las que no sólo temían los tártaros, sinó también las tropas rusas y aun el mismo Andrej Kourbsky, quienes suponían que eso les iba a acarrear mil enfermedades. Visto esto por Iván, mandó traer desde Moscú la cruz sagrada entregada al Gran Príncipe Vladimiro cuando se convirtió al cristianismo. Los ríos se habían desbordado y ya el agua inundaba el campamento y había algunos casos de peste, todo lo que hacía creer a estas gentes que era obra de los encantamientos de los magos tártaros. Estos tártaros eran mahometanos pero habían conservado las prácticas mágicas que originariamente ejercían en el budismo hindú, su primitiva religión.

Los crímenes de Iván se hacían cada día más horribles, acentuándose más aún su insania. Mató a su propio hijo, hasta que después de un terrible delirio falleció mientras estaba jugando al ajedrez, el 17 de marzo del año 1584.

El pánico y al asalto

Debajo de la gran puerta de Arsk, pacientemente, construyeron una mina en la que depositaron once barriles de pólvora. El 30 de setiembre fué volada la mina, destruyendo totalmente la gran torre. Por algunos minutos, grande fué la consternación de los sitiados y no se escuchó el menor ruído. Los rusos, aprovechando este pánico, irrumpieron por la abertura producida por la explosión, pero a su vista, reaccionaron los tártaros y lucharon contra ellos desesperadamente, aunque estaban en la imposibilidad de volver a ocupar las fortificaciones de la puerta destruída. Nuevas minas fueron colocadas y el Zar anunció a sus tropas un gran asalto general para el día siguiente, recomendándoles purificasen sus almas mediante el arrepentimiento y la comunión, para la gran prueba que les aguardaba. Al mismo tiempo envió a Yediguer su último ofrecimiento de perdón, a lo que respondió el bravo tártaro, con grandes voces: "Nosotros no queremos perdón. Si los rusos nos toman una torre, nosotros construiremos otra; si destruyen nuestras murallas levantaremos otras. Queremos morir dentro de las murallas de Kazan o hacerles abandonar el sitio!"

Pronto comenzaría la gran batalla. El cielo aparecía claro y sin nubes. Los tártaros ocupaban ya las murallas y los rusos estaban ocultos en sus trincheras; el águila imperial del estandarte de Iván flameaba al viento. Los dos ejércitos estaban silenciosos, ningún ruido se escuchaba fuera de los sonidos de las trompetas y clarines, de cuando en cuando se escuchaban los cánticos religiosos entonados por los rusos en las capillas de campaña. Los arqueros alistaban sus flechas, los fusileros revisaban las mechas de sus armas.

Los reflejos del alba doraban ya los capiteles de los minaretes y los muezines, desde lo alto, llamaban al Moslemín, para rezar. Los sacerdotes en las capillas de campaña leían el Evangelio. Se levantó el sol, apareciendo sobre las colinas del Este, mostrando su disco brillante y dorado. Con la salida del sol coincidió un enorme y fenomenal estrépito que sacudió el aire e hizo estremecer todas las construcciones. El Zar Iván, saliendo de su tienda, pudo entonces ver a todo su campamento "envuelto en humo espeso y acre", en medio del cual nada era posible distinguir, entonces se dirigió a la capilla y ordenó al diácono que continuase la ceremonia, cuando una nueva y formidable explosión se dejó oir y los gritos de los rusos que decían: "¡Dios está con nosotros!" Inmediatamente todas las tropas rusas se dirigieron hacia los boquetes abiertos por las minas que habían explotado, pero en ellos los aguardaban los tártaros que, aunque aterrados por el estrépito y la destrucción causadas por las minas lucharon con verdadera furia, arrojando piedras y agua nirviente sobre los asaltantes, y luchando mano mano con los que alcanzaban a llegar a lo alto de las murallas. Entretanto el Zar había terminado sus devociones y montando en su caballo, se dirigió hacia la ciudad, pudiéndose ver el águila de su estandarte, en medio del humo, en lo alto de la ciudadela.

Y la ciudad iba siendo tomada paso a paso, casa por casa, calle por calle; y las tropas rusas alternaban el ataque a los bárbaros y el saqueo de las casas y tiendas que a su paco encontraban, donde sacaban enormes tesoros y riquezas, pues ésta era la más importante plaza del Este. Al mismo tiempo el Khan haciendo renacer un poco de disciplina en sus tropas, obligó a los rusos a retirarse hasta los muros, donde hubieran sido inevitablemente arrojados fuera de ellos, pero allí estaba el joven Zar a caballo en medio de sus consejeros de cabellos grises. Por consejo de estos ancianos, Iván, con sus propias manos, colocó su sagrado estandarte en la puerta misma de Kazán, formando así una barrera por la que los fugitivos no podrían pasar. Poco después, desmontaba y con cuatro de sus más escogidos caballeros entraba en la ciudad tan fresco y vigoroso como siempre, cubierto con su brillante armadura de plata y oro y con plumas de bellos y variados colores coronando su casco. Este refuerzo, reanimó a los rusos que se retiraban y contraatacando con mayores bríos a los tártaros, los obligaron a retroceder hasta el mismo palacio de Khan, donde, después de una hora de defensa, se vieron obligados a retirarse.

En la puerta posterior de la ciudad aguardaba a Yediguer con sus 10.000 tártaros, el príncipe Andrej Kourbisky con sólo 200 hombres y pudo de este modo cortarles su retirada, encerrándolos en las calles de la ciudad.

Los tártaros entonces forzaron a su Khan para que buscase el refugio de una torre y capitulase. "Escuchen, dijeron, mientras hemos tenido un gobierno hemos estado siempre dispuestos a morir por nuestro príncipe y nuestras tierras. Ahora Kazan está en poder de ustedes, vivo y sin estar herido, llevad a nuestro príncipe donde vuestro Zar. Nosotros saldremos al campo descubierto para luchar con ustedes hasta abandonar la última gota de nuestra sangre y el último hálito de vida."

No querían perdón

Yediguer y uno de sus viejos consejeros fué entregado a manos de un oficial y los desesperados tártaros saltando por encima de los muros se retiraron hacia Kazanka donde no había tropas, excepción hecha de los pocos hombres que acompañaban a Andrej Kourbsky y a su hermano Romanus, quienes estaban dispuestos para perseguirlos. La lucha se hizo terrible, pero debieron abandonarla estos príncipes, cuando vieron que entre los tártaros y ellos había un gran pantano



En la historia hay pocos casos … un poder tan enorme como el … tenía Iván el terrible zar

… cido y

por el que …
los caballos. …
tártaros fug…
ocultarse en…
canos y sim…
vieron, rode…
tropas rusas…
ron, pues ni…
so aceptar …
dón.

Yediguer …
toda clase …
por Iván y …
Moscú, dond…
al cristianis…
de Simeón …
Zar y de to…

... EL TERRIBLE

POR *Charlotte M. Yonge*

(Ilustró PREMIANI)

Una grave enfermedad le acarreó una perturbación mental que creció más aún con la muerte de la zarina. Iván el Terrible estaba sediento de sangre.

...erras. Ahora Ka... poder de ustedes, ... estar herido, lle... ro príncipe donde ... Nosotros saldre... po descubierto pa... on ustedes hasta ... la última gota de ... gre y el último ... da."

...erían perdón

... y uno de sus vie... ros fué entregado ... un oficial y los ...

En la historia hay pocos casos de un poder tan enorme como el que tenía Iván el terrible zar

... gran pantano por el que no podían pasar los caballos. Entretanto los tártaros fugitivos fueron a ocultarse en los bosques cercanos y simultáneamente se vieron rodeados por nuevas tropas rusas y los destruyeron, pues ningún tártaro quiso aceptar ni tregua ni perdón.

Yediguer fué tratado con toda clase de miramientos por Iván y lo llevó hasta Moscú, donde fué convertido al cristianismo con el nombre de Simeón en presencia del Zar y de toda la corte, en las orilla del río Moskowa. Casóse con una dama rusa y su conducta posterior demostró que su conversión fué sincera.

La narración que antecede, tiene por único objeto mostrar cómo el príncipe Andrej e Iván fueron hermanos de armas y la clase de hombres que ambos eran. Ivan era un caballero galante, religioso y dadivoso príncipe, generoso y agradecido y era una verdadera promesa para un glorioso reinado que llenase de beneficios a su país. Este pasaje es quizá uno de los más bellos y que más lo honran, en el curso de los largos y tempetuosos días de su reinado. Este había comenzado cuando recién tenía tres años de edad. Su madre, una mujer cruel y violenta, antes de morir, le señaló los maestros que debían enseñarle y educarlo, pero éstos, cortesanos ignorantes y malvados, sólo le enseñaron diversiones disolutas y llenas siempre de la mayor crueldad, so pretexto de prepararlo mejor así para los negocios del Estado.

Por algún tiempo los consejos y guías de los patriarcas rusos y la influencia que sobre su ánimo ejercía su bella esposa, la Zarina Anastasia, morijeraron mucho su carácter, despidió a sus viejos maestros y todo parecía presiagar un excelente reinado.

El Zar enloquece

Poco después, una grave enfermedad le acarreó una grave perturbación mental que creció más aun a la muerte de la Zarina Anastasia. Sea por que se hubiese encontrado demasiado solo o porque le faltaba la influencia benéfica de la Zarina, desechando todos los consejos de sus amigos asumió una conducta tan llena de salvaje bararismo, que le mereció el sobrenombre de el TERRIBLE. Acciones verdaderamente frenéticas, extravagantes excesos y muestras de horrible crueldad, demostraban claramente su insanía; otras veces se mostraba como un monarca de claro entendimiento y ansioso de alcanzar mayor progreso y gloria para su pueblo.

Pero Iván vivía en constantes sospechas, temiendo siempre a todos y a cada uno de los hombres influyentes de sus dominios. Kourbsky, a quien antes le había dado muestras de cariño, encargándole el comando de su ejército, y que era uno de sus jefes boyardos más hábiles, cayó también bajo sus sospechas y temores. Conocido esto por el noble boyardo, se despertó en él una gran indignación y horror, que aumentó aún más cuando supo que el Zar complotaba contra su vida, proyectando hacerlo desaparecer. Kourbsky hizo conocer todo esto a su esposa y por salvar su vida se resignó a no volver a verlo. El boyardo, dejando un hijo de nueve años, abandonó durante esa noche su escala y huyó de Moscú, escalando sus murallas. Lo acompañaba su fiel sirviente Vasili Sibanoff, quien había podido sacar de la ciudad dos caballos con los cuales se realizó la huída a través de los bosques innumerables de abedules, hasta llegar a las fronteras de Livonia, país hasta el cual las tropas del Zar todavía no habían llegado. Durante esta fuga, el caballo que montaba el príncipe cayó exhausto, cediéndole el suyo su fiel sirviente Vasili, aun bajo el grave riesgo de ser sorprendido por las tropas y soldados del Zar y perecer en sus manos como prófugo. Felizmente, Andrej y su sirviente llegaron salvos a Wolmar, en Livonia, y allí el príncipe boyardo tomó la resolución de renunciar y dimitir del servicio del ingrato Iván, entrando en el ejército del rey de Polonia.

Nada podría excusar esta actitud de tomar armas contra su propia patria, pero, es de notar que durante la edad media los sentimientos de lealtad tenían más valor hacia sus países, y que creyendo que su honor había sido mansillado con la conducta de Iván, decidió enviar una carta a su rey explicándole sus agravios y haciendo su defensa. Sabido es que esta carta estaba llena de profunda severidad y de enorme indignación, aunque estaba hecha en un tono moderado.

El mensaje mortal

¿Pero, ¿quién se podría prestar a llevar esta carta sabiendo que sólo le esperaba la muerte como toda respuesta? Creyendo entonces salvar el honor de su amo, Vasili, generosamente, se prestó a ser el portador de este mensaje, ofrecimiento que Andrej aceptó, tendiéndole una cantidad enorme de dinero que fué rechazada por Vasili, pues éste bien sabía que aquel dinero de nada le serviría, y expresó al príncipe que él no debía estarle agradecido por tal favor, porque era obligación suya el conducir la fatal carta.

Como la justicia de Iván había entrado en un período de barbarismo, así también su celo religioso cayó en la más loca y fanática observancia. Construyó cerca de Moscú un enorme monasterio para él y trescientos de sus boyardos, y todas las mañanas a las tres o cuatro de la madrugada procedía a tocar las campanas del monasterio hasta que todos sus acompañantes se reunían con él. El tocar las campanas desde entonces era su más favorita ocupación, y distraído estaba con esto cuando Vasili llegó al Monasterio. Un sirviente lo detuvo, a quien entregó la carta de su amo con estas palabras: "De mi amo y pobre exilado el Príncipe Andrej Kourbsky".

Crece el furor del Zar

Entonces Iván respondió a Kourbsky las siguienaes palabras: "Deja a tu sirviente Vasili para vergüenza tuya. El guarda su lealtad hacia tí antes que la que debe a su Zar y a su pueblo. Como a ti te ha dado su palabra de fidelidad, eso lo dejará en las puertas de la muerte".

Habiendo caído en vacante la sede arzobispal, dirigió sus ojos hacia un monasterio sitiado en una pequeña isla del Mar Blanco, Solovky, donde era reconocido por su vida austera su prior, Feeleep Kolochof, quien había aliviado en lo posible la miseria de la población de la isla. Era hermano de un rico boyardo y por su inclinación desde muy joven se había encerrado en la silenciosa vida monástica, y la fama de sus virtudes llegó hasta el Zar, quien no sólo envió preciosos vasos para su iglesia, sino que contribuyó a levantar otras iglesias y a mejorar por su intermedio la condición de los habitantes de la isla. El prior del convento había trabajado intensamente en beneficio de sus isleños, haciendo caminos, rellenando las costas, introdujo ovejas, estableció pesquerías y les enñó a recoger la sal en panes, cambiando por completo el aspecto de la isla y mejorando la vida de sus habitantes en medio de las inclemencias del clima.

Este era el hombre que el Zar Iván había escogido. Le escribió insinuándole viniese a Moscú para atender un sínodo, y a su llegada le invitó a comer en Palacio y le informó que lo había hecho pastor jefe de la iglesia rusa. Feeleep, con toda reverencia pero impetuosamente, le solicitó permiso para rehusar esa designación diciéndole: "es demasiado pesada esa carga para un débil barquichuelo". Iván se mantuvo en su determinación, y entonces Feeleep comenzó a insinuarle destruyese la cruel organización de la Oprichnina. "Cómo le voy a poder bendecir, le dijo, mientras veo sufrir a mi país".

Iván expresó a Feeleep todos sus temores y todas las sospechas que tenía de los peligros que lo rodeaban, ordenándole al infeliz prior que guardase absoluto silencio en ese sentido. Feeleep esperaba que lo volvería otra vez a su convento, pero en lugar de que sucediese tal cosa, el Zar ordenó a todo el clero que lo eligiese arzobispo y lo obligó a aceptar esa dignidad eclesiástica, más como aun se resistiese le dijo: "El Zar y los clérigos lo desean, y así debe ser".

Continúan las torturas

En su consagración pronunció un sermón en el que habló de la bondad y de su poder, de la superioridad de las victorias del amor sobre los triunfos de la guerra, e influyó de tal manera en Iván que durante muchos meses las anteriores violencias no se repitieron y todo hacía creer que los buenos tiempos habían vuelto.

Pero pasado este tiempo, el león dormido comenzó a despertarse. Sus suspicacias y temores renacieron y temió que Feeleep hubiese encomendado a los nobles para que le solicitasen la abolición de la Oprichnina. Las torturas se volvieron a iniciar y las calles de la ciudad eran recorridas por los soldados de la Oprichnina, matando los habitantes de la ciudad.

Las altas y rojas cúpulas del Kremlin elevábanse a lo alto, dominantes en su religiosidad y misterio. — Los súbditos del zar mirábanlas con un intenso a la par que único pavor

Un domingo, Feeleep preparaba la santa comunión, cuando Iván penetrando en la Catedral seguido de sus satélites, fantásticamente vestidos con casacas negras y altos gorros, se dirigió hacia el arzobispo, pero Feeleep continuó adorando la hostia, hasta que Iván gritó: "Santo Padre: aquí está tu príncipe, ven a darle su bendición".

"No, le respondió el arzobispo. No reconozco al Zar que obra de tan extraña manera, ni aun siquiera reconozco su gobierno. ¡Oh, Príncipe! Estamos ofreciendo el sacrificio santo de la misa al Señor y vienes a manchar el altar de Dios con el torrente de sangre de millares de cristianos... Tú, indudablemente, estás en un trono, pero el de El está muy por encima del tuyo y nos juzga y te juzga. Piensa en lo que contestarás cuando El te juzgue. Yo no te temo, sólo a Dios le temo".

El arzobispo estaba delante de las puertas de plata que cierran el sanctorium de las iglesias rusas y que no puede ser atravesado por nadie, sino por los sacerdotes, y se retiró, cerrándolas. Iván, que llevaba su bastón forrado en acero, golpeando furiosamente el suelo gritó: "Monje temerario, te he aguantado demasiado. De aquí en adelante haré contigo lo que tú describes".

El zar más sanguinario que conoció la historia trágica de Rusia, vivía encerrado en el palacio del Kremlin — mitad monasterio, mitad fortaleza. — De rodillas los siervos se acercaban a sus grandes y poderosas puertas

La falsa acusación

Los asesinatos se sucedieron con mayor horror y el pobre arzobispo sufría enormemente al ver sufrir a su pueblo, sin piedad. Sus enemigos viendo que su situación se prolongaba y que su decisión se mantenía, enviaron mensajeros a la isla de Solovny a fin de recoger indicios y acusarlo. Todos los monjes del monasterio estuvieron concordes en afirmar sólo virtudes en Feeleep, hasta que por fin el prior que lo sucediera, el monje Payssi, fué inducido ante la promesa de un obispado a hacer una falsa acusación.

Fué citada una gran asamblea de obispos y de boyardos presididos por el mismo Zar, y entonces fué pacientemente escuchada la relación hecha por Payssi. En lugar de defenderse, simplemente dijo: "No sé para qué se han tomado tan gran trabajo", y dirigiéndose al Zar le dijo: "Príncipe, ningún temor abrigo a la muerte. Habiendo llegado a una edad avanzada, lejos de las pasiones y de las intrigas del mundo, sólo deseo volver mi alma hacia lo alto, donde está mi Soberano Señor que también es vuestro. ¿Qué quieren conmigo? Aquí tienen las vestiduras pastorales, la mitra blanca y el manto con el que vos me investisteis. Y ustedes, obispos, archimandritas, abates, siervos de la iglesia, prepárense para la gloria del Señor, donde deberán rendir cuentas de sus actos, pues, los jueces del Cielo son más severos que los jueces de la Tierra".

Había ya partido cuando el Zar, recapacitando, declaró que él sólo no podía ser juez y que era necesario postergar la sentencia definitiva.

Nuevas iniquidades se esperaban. El 8 de noviembre, en la liturgia del griego Michaelmas, un boyardo penetró con sus Oprichniks, arrojando al pueblo y leyendo un papel en el cual se degradaba al sacerdote de su sagrada investidura y los soldados que le acompañaban, trasponiendo las puertas de plata, le quitaron la mitra y sus vestiduras, arrojándolo del templo, llevándolo a una celda del Convento de la Epifanía. La gente corrió detrás de él, levantando sus manos al cielo, exclamaba:

"Rogad, rogad a Dios".

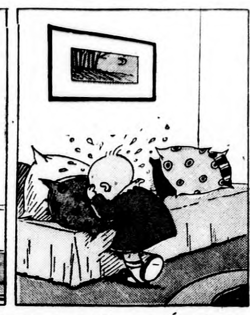
Entonces, delante del mismo emperador se le hizo escuchar su sentencia, en la que se le condenaba por hechicería y otras culpas graves, debiendo sufrir prisión perpetua. No respondió una sola palabra por los cargos que se le hacían y sólo pidió al Zar pidiera para Rusia, en recuerdo a sus antecesores y en homenaje a los felices días. Iván ordenó a sus soldados sacarlos afuera, y cuidadosamente encadenado fué llevado a un convento sobre las márgenes del Moskowa, donde faltaba hasta lo indispensable para la vida. Algunos días después, la cabeza de Iván Borissovitch Kolotchof, jefe de su familia, le fué enviada con este mensaje: "He aquí los resultados de tu querido pariente, tus hechicerías no le han podido salvar". Feeleep, con toda calma, la tomó entre sus brazos, la bendijo y la devolvió.

El pueblo de Moscú rondaba por el convento, mirando siempre a la celda en que estaba encerrado y se contaban historias de sus maravillosos trabajos, que comenzaban a juzgarse como milagros. De ahí que el Emperador decidiera enviarlo preso a otro convento, a gran distancia. Esto recién lo pudo realizar al año siguiente, en 1596, cuando Maluta Skouratof, un Tatat, distinguido favorito del Zar y uno de sus jefes en crueldad, entró en la celda de Feeleep, solicitando la bendición para el Zar.

El arzobispo respondió que la bendición sólo era esperada para los hombres buenos y en premio de las buenas acciones, añadiendo tranquilamente: "Yo sé a qué has venido aquí. Hace mucho tiempo que espero la muerte. Deja que el Zar me la dé". El asesino se mostró asombrado y pretendió que lo trataba con demasiada rigidez. Fué enterrado el cadáver de este infeliz sacerdote detrás del altar mayor de la catedral, pero sus restos fueron trasladados a la catedral de Moscú.

Los crímenes de Iván se hacían cada vez más horribles, acentuándose más su insanía. Causó la muerte de su propio hijo por un golpe que le dió, y después de un largo y terrible delirio, falleció mientras jugaba al ajedrez, sentado en su sillón, el 17 de marzo de 1584.









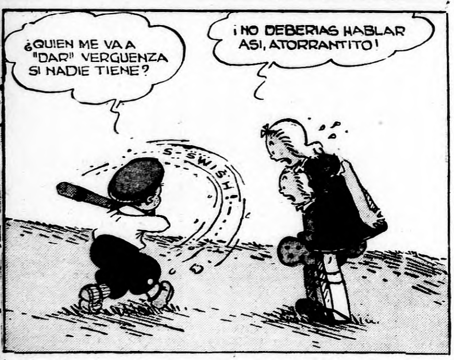


HAY QUE SABER GRAMATICA

























EL ALMA DE LOS PERROS VAGABUNDOS

☆ LOS INGLESES BUSCAN EN LOS CAMINOS LOS PERROS MAS VAGOS, LOS CANES SIN DUEÑOS, Y LOS HACEN INTERVENIR EN CONCURSOS ☆

La carrera cuya meta es la liebre semieléctrica



Un can con la mayor cantidad de raras manchas

Cecil Aldin es un gran dibujante de animales, especialmente de perros atorrantes, de esos canes que destilan por los caminos apartados, que no tienen dueños y que son aventureros desde que pudieron caminar sin el apoyo de la madre. Aldin, al mismo tiempo que realiza dibujos maravillosos, escribe sobre la vida de los perros vagabundos. A él, pertenece este artículo.

"Norte América, por lo general, se adelanta a otros países en muchas cosas, en lo que a los juegos y los deportes se refiere. Sin embargo, en Inglaterra se tiene un pasatiempo en el que no fueron superados por los yanquis, espectáculos públicos ejecutados por los perros sin linaje, perros que no son aristócratas.

Muchos de mis amigos americanos, dice Cecil Aldin, no han oído hablar de esta clase de diversión tan siquiera, y cuando se la mencioné, me contestaron:

—Pero, si habla con cualquiera de nuestros ciudadanos que tienen perros, le parecerá que en América no tenemos mestizos en el mundo canino y que todos son perros de razas finas, ganadores de premios.

En Inglaterra también tuvimos que vencer esta dificultad y era muy escaso el número de dueños de perros que consentían traerlos a la exposición de mestizos. Por eso, a veces, por razones de diplomacia, a las exposiciones de esta índole se les da el nombre de "representaciones cómicas".

El mejor modo de encontrar a los perros de clase ordinaria consiste en buscarlos en las carreteras y los caminos apartados. Pero, entonces, se corre el riesgo de confundirlos con los de razas finas, en un estado descuidado.

Las exhibiciones de perros mestizos suelen ser muy entretenidas para los espectadores. Así, por ejemplo, se otorgan los premios a los perros: con la mayor cantidad de manchas, con las patas más encorvadas, con los ojos más simpáticos, etc.

EL DESFILE

El desfile de estos aspirantes a los premios provoca generalmente una risa estridente del público.

Al organizar una exposición de ésta índole hay que tener en cuenta que las personas más adecuadas para jueces son las que menos entienden en las razas caninas. El único requisito necesario para aquellos es el conocimiento elemental de aritmética (para contar las manchas) y el entendimiento en las cuestiones de ojos simpáticos, colas largas, patas torcidas, etc. Además tienen que tener una paciencia a toda prueba, necesaria para el caso de los perros que más tiempo resisten sentados en sus cuartos traseros. He visto a un can que permaneció en ésta postura tanto tiempo que los jueces tuvieron que ordenar que se les sirva el almuerzo en el mismo cuarto. Por fin, la única circunstancia que lo obligó a poner en el suelo las patas delanteras fué la necesidad de estornudar.

Por lo general la diversión se termina con la carrera cuya meta representa la liebre semi-eléctrica. Las únicas víctimas de esta son los dueños de los perros que toman parte en la carrera, que tienen que llevarlos de la cadena. Es asombroso el peso que es capaz de llevar un perro, empeñado en la persecución de la liebre semi-eléctrica.

Mientras escribo estas líneas, sentado en la deliciosa isla de Mallorca, inundada de sol, en mis rodillas descansa la cabeza de un perro mestizo, seguro ganador del premio de "los ojos simpáticos", si hubiera tomado parte en una de las exposiciones arriba mencionadas. Pero, no es el único de esta clase aquí. Mallorca es la patria de los perros mestizos y, si en sus calles aparece un can con pretensiones a una raza fina, los habitantes de la isla lo miran con los ojos desmesuradamente abiertos.

VIDA DE PERROS

Mi perro de clase ordinaria, Loco, pertenecía antes a un vendedor de pollos que se pasa el tiempo recorriendo la isla con una colección de aves, atadas por las patas, que cuelgan en ristra en su cuello, no demasiado limpio. Antes de que tomara posesión del perro, la vida de éste transcurría casi continuamente en un garage oscuro, donde lo dejaba su amo, atado con una cuerda. Si alguna alma caritativa se acordaba de arrojarle algún mendrugo, el animal comía; de lo contrario quedaba en ayunas. Su dueño lo desataba y lo sacaba al aire sólo los domingos. El pobre perro llevaba una verdadera vida de perro.

Una vez convertido en el dueño de Loco, le dí la libertad, lo alimenté bien y ahora es completamente otro. Sin embargo, a pesar de llevar la vida holgada, en el patio de mi hotel, el perro sigue siendo huraño. El apodo que tiene data de los tiempos cuando, en las raras ocasiones que lo dejaban libre, recorría las calles con la cabeza gacha y la cola colgando.

El día que lo dejé salir del garage en que estaba encerrado, el perro no demostró alegría exhuberante, no daba saltos alrededor mío, sino que me miraba con desconfianza, sin atreverse a acercarse a mí. Se necesitaron unos cuantos días, durante los cuales le llevaba comida y lo acariciaba, para que terminara por convertirse en mi amigo. Luego empezó a seguirme en mis paseos cotidianos; por fin aprendió a correr en busca de objetos arrojados y atraerlos a mí. Poco a poco se va volviendo menos retraído y más amable para con los hombres. Lo que más trabajo me costó era quitarle la costumbre de morder a las personas extrañas. Sin embargo, unas cuantas buenas palizas, administradas en los momentos psicológicos, le enseñaron a portarse bien.



Es asombroso el peso que puede aguantar un perro ya lanzado detrás de la liebre semieléctrica, que lo enloquece

BUENAS MANERAS

En mallorca a los perros y a los cerdos se les enseñan buenas maneras del mismo modo que en el resto del mundo, es decir, con ayuda de palos y piedras. Los isleños son gente amable y de buen corazón, pero su punto de vista sobre los animales es distinto del nuestro; alimentan a los animales que les prestan útilidad, pero no consideran su deber dar de comer a un perro extraño.

Una señora, que se hospedaba en el mismo hotel que yo, se interesó mucho por una institución que existe en Inglaterra, la "Sociedad de prevención del trato cruel de los animales", y tuvo el deseo de organizar una por el estilo en Mallorca. Se le aconsejó ir a ver al intendente municipal para pedirle ayuda en este sentido.

El funcionario la atendió con la mayor amabilidad, prometiéndole hacer todo lo posible de su parte. Para recolectar fondos, necesarios para la fundación de la sociedad, el intendente propuso hacer una corrida de toros, empleando todo el beneficio de la diversión como capital inicial de la institución arriba mencionada.

Los recuerdos me han apartado un tanto de mi tema. Así, pues, vuelvo a hablar de las "representaciones cómicas". Mi experiencia me demostró que éstas pueden siempre proporcionar fondos para cualquier sociedad de beneficencia. A consecuencia de ello, los perros de clase ordinaria llegaron a atraer la atención pública. "A cada chancho le llega su San Martín". Siempre hay todavía pocas personas dispuestas a dedicarse a los cuidados de un perro mestizo, pues aun sigue en pie la opinión de que mantener a un perro de clase ordinaria requiere idénticos gastos que la mantención de un perro de raza fina. Pero, a veces conviene guiarse no sólo por la apariencia del perro, sino también por inteligencia.

Con eso no quiero decir que me dedico sólo a los perros mestizos. Mi can predilecto, Cracker, es un "bull terrier" de alto linaje, que ganó el segundo premio en una exposición. Es un excelente ejemplar de su clase; la inteligencia está impresa en su cara. No es bello, pero la misma fealdad suya hace a uno sentir que deben hacerse buenos amigos. En realidad Cracker es el perro más amigable que imaginarse pueda. Como todos los de su raza, conoce sólo a su dueño, pero tiene numerosos amigos, tanto entre los humanos como entre los caninos.

Su mejor amigo es un perro irlandés, pero también tiene gran afecto a uno de clase ordinaria. Por lo menos parece serlo, no obstante la afirmación de su dueño de que pertenece a la fina raza danesa. En todo caso el perro en cuestión posee todas las buenas cualidades de un mestizo y es por eso que Cracker le permite toda clase de libertades, tales como morderle las orejas, tirarle de la cola y hasta emplearlo en calidad de colchón. Son muy pocos los perros capaces de permitir a otro, por amigo que sea, dormir en su espalda. Cracker lo permite a su amigo Turentine (este es el nombre del supuesto perro danés), que casi siempre duerme en la espalda de mi "bull terrier".

Turpentine, simpático perro durmiendo sobre Cracker

Los demás perros míos son ganadores de premios en las exposiciones de mestizos que han ayudado a recolectar fondos para muchos hospitales y otras instituciones por el estilo. Todos ellos saben cuándo me dispongo a ir a la exposición de esta índole. Al ver en mi coche la máquina de la liebre semieléctrica, Cracker lo comunica a los demás. Al "bull terrier" le gustan mucho las representaciones en que toman parte los perros.

A uno de mis libros sobre los perros le dí el título: "Perros de carácter". Los protagonistas de aquél son Cracker y Mickey, que son verdaderos perros de carácter, aunque muy diferente el uno del otro.





Un perro que aparece en este relato y llámase Loco

MENEA LA COLA

Cracker juega gustoso con todos los niños y trata amigablemente a todos los perros extraños. No puede concebir la enemistad, sea ésta humana o canina.

Al encontrar a un perro desconocido Cracker se para, meneando la cola, dispuesto a jugar con aquél. Una vez, mientras Cracker, parado junto a la puerta de mi casa, estaba por saludar con amabilidad a un perro que pasaba por allí, éste le acometió gruñendo. En el primer momento mi perro quedó perplejo; pero luego dió a su inesperado enemigo una recia bofetada que lo hizo caer de espaldas. Cracker seguía tan tranquilo como antes, sin intentar morder al otro, que no tardó en levantarse y se alejó avergonzado, mientras que Cracker me miraba sonriente. Después de este incidente mi "bull terrier" volvió a encontrar varias veces al perro que lo había atacado, pero, al parecer, no le guarda rencor y lo trata amigablemente.

Mi perro irlandés tiene un carácter completamente diferente. Jamás olvida ni perdona las ofensas.

Cuando Mickey era aún un cachorro lo llevé a una representación canina en compañía de un perro irlandés pelirrojo. Este lo molestaba durante todo el trayecto, no despreciando ninguna oportunidad para morderlo. Desde entonces la aparición de un perro de la raza de aquél hace a Mickey el mismo efecto que un trapo rojo a un toro. Sin embargo, es muy amable y paciente con Cracker y Turpentine, a los que permite toda clase de libertades, de lo que aquéllos se aprovechan, llegando a veces a abusar de su bondad.



Los perros sin linaje saben de pruebas

Volviendo a mi tema de los perros de clase ordinaria, quiero contar un caso que me ha pasado hace poco.

PERROS EXTRAÑOS

Cuando era chico y salía a pasear con mi niñera, ésta siempre me prohibía tocar a los perros extraños. Es un excelente consejo que se da generalmente a todos los niños; pero, me acuerdo que nunca quise seguirlo. Los perros vagabundos han tenido siempre para mí un especial atractivo. Sospecho que en mi primera encarnación debo haber sido perro. Claro está que eso es sólo una suposición mía. Pero, lo que sé con seguridad es que jamás volveré a llamar a un perro mestizo con este nombre, mientras lo acaricie.

La cosa sucedió de la siguiente manera: Fuí a pasear una temporada en compañía de unos amigos en Herefordshire. Un día decidimos hacer una excursión a un antiguo castillo de las inmediaciones. Al acercarnos a la mansión nos salió al encuentro un perro de clase ordinaria que nos saludó con aire amable.

Después de haber visitado el castillo volvimos por el mismo camino, encontrándonos de nuevo con el mismo perro, junto a la casa del guardián.

Allí nos detuvimos para tomar el té. Durante la merienda dí al perro unos cuantos bizcochos y pedazos de torta. Cuando me dirigía a la esposa del guardián para pagarle el consumo, el perro me siguió, meneando la cola. Instintivamente hice el movimiento que suelo hacer al ver un perro de aire amigable: acaricié la cabeza del animal.

—Un buen perro — dije a la dueña. — ¿De qué raza es?

Creía que, como sucede en la mayoría de los casos, la mujer iba a decir que pertenecía a una clase fina. Pero, con gran asombro mío, aquélla contestó:

—No creo que aspire a ningún linaje, pero...

—Tiene razón, — la interrumpí — es un mestizo muy ordinario.

No bien hube pronunciado esta palabra, cuando el perro me clavó los dientes en el dedo meñique, casi hasta el hueso.

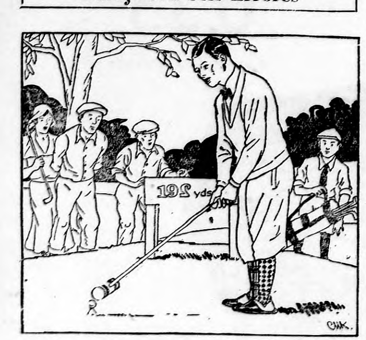
Recibí lo merecido por no haber seguido el consejo de mi vieja niñera. En todo caso, tomé la decisión de no decir nunca en la cara de un perro de clase ordinaria la opinión que tengo sobre su raza.

No cabe la menor duda de que conviene llamar "representaciones cómicas" a las exposiciones de perros mestizos.



Cuatro perros de razas finas, pero muy mal cuidados, se confunden con los de clase ordinaria en los certámenes

Dibujo con Seis Errores



Con la primavera se inician los deportes al aire libre. Nuestro dibujante ha querido reproducir una escena muy común en las canchas de golf, pero, al hacer el dibujo, ha cometido seis errores importantes. ¿Puede reconocerlos usted?

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ★ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ★

RUBEZAHL ENGAÑA A UN CAMPESINO

Un campesino cargó un día su carro con trigo, dirigiéndose luego a Bohemia para vender allí su mercadería.

Mientras atravesaba las montañas, le salió al encuentro Rübezahl, convertido en hostelero, que le preguntó qué llevaba.

—Trigo, — contestó el interpelado, — que pienso vender por un buen precio

—Quieres vendérmelo a mí, — inquirió entonces el genio, — que he de pagarte bien.

El aldeano consintió, agregando que no le fijaba el precio, dándose por satisfecho con lo que pagaría el señor. (El astuto se había dado cuenta que tenía que habérselas con Rübezahl y estaba seguro de que no saldría perdiendo).

El genio de las montañas le ordenó que lo siguiera. Al poco rato llegaron hasta una vivienda, junto a la cual, por indicación de su acompañante, el campesino descargó el trigo. Luego Rübezahl lo llevó a un sótano muy profundo donde le enseñó muchas bolsas llenas diciendo:

—Pónlas en tu carro y llévalas a tu casa. Pero, ten mucho cuidado de no desatarlas por el camino, aunque te vieras obligado a tirar alguna.

El aldeano, muy contento, se puso en camino. Rübezahl lo acompañó un trecho, empujando el carro que, una vez cargado, resultó algo pesado.

Por fin, el genio se alejó, dejando solo al campesino que prosiguió su ruta. A los pocos minutos los caballos se pararon, sin poder tirar más el carro, demasiado pesado. Entonces el hombre tiró una bolsa: los animales adelantaron unos cuantos pasos, volviéndose a parar de nuevo. Viendo que la carga era excesiva para los caballos, el campesino tiró otra bolsa. Los animales arrastraron el carro con nuevo ímpetu que, sin embargo, no duró mucho: al poco rato volvieron a detenerse, exhaustos. De esta manera el hombre se vió obligado a dejar por el camino todas las bolsas que llevaba en el carro, guardando la última, la que esperaba traer a su casa. Pero, ésta también resultó demasiado pesada para los caballos que se pararon, sin poder dar un paso más.

Entonces el campesino, cuya paciencia se agotó por fin, arrojó la última bolsa, echando una porción de maldiciones sobre la cabeza de Rübezahl por haberle jugado esta mala pasada. Luego, movido por la curiosidad, bajó del carro y desató la bolsa para ver lo que contenía. Resultó que estaba llena de piedras negras, parecidas al carbón. El aldeano, malhumorado, tiró las piedras al suelo y, después de haber guardado la bolsa vacía en el carro, volvió a su casa.

Allí sacudió bien la bolsa, para guardarla limpia, sin dejar de pensar en la pérdida del trigo. Cuál no sería su asombro al ver que de la bolsa vacía caían en abundancia granos de oro puro.

Lleno de regocijo, juntó el hombre el oro, pensando:

—Qué lástima haber tirado las demás bolsas que, sin duda, estaban llenas de oro.

Pero, en eso, seguramente, se equivocaba el campesino, pues Rübezahl suele probar la paciencia de los humanos de varias maneras malévolas.

¿Hay Algo más en Este Grabado?



El grabado nos muestra solamente un lobo que ha sido atrapado por una trampa. Sin embargo, fuera de esto hay algo más. Si prestan atención al dibujo y con ayuda de algunas sombras, podrán encontrar en él la cabeza de dos perros, un gato y la cara de un hombre

Resultado feliz de una encuesta

Antes de aprobar el perfume más adecuado para el jabón de tocador, cuyo nombre estaba resuelto: LE SANCY, fueron consultadas millares de personas.

La mayoría opinó en forma convincente:

> ***"Un jabón de tocador que ha de usarse todos los días y para todos los usos, no debe tener un perfume "dulce" ni penetrante, sino simplemente "debe oler a limpio".***

Y así es nomás. ¡Cuánto más agradable es estar limpio y despertar esta confianza—en un sutil aroma—ante quienes nos rodean!

Tan cierto consejo y tan feliz guía exigió a nuestros investigadores una paciente labor de Laboratorio, hasta que al fin surgió el "Bouquet de Lavanda de Dubarry" que huele a limpio con que está perfumado el



El uso diario de este jabón fino de tocador da al cutis un color "blanco mate" muy atrayente.



0.35

la pastilla de 115 gramos

